





El río de los cazadores  
Antología de cuentos



# El río de los cazadores

## Antología de cuentos

Taller de escritura creativa  
LA CAZA DE LAS PALABRAS



Ministerio de Cultura  
República de Colombia

Libertad y Orden

# renata

Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa

*El río de los cazadores*

*Antología de cuento*

*Primera edición: Diciembre de 2010*

*Coordinadora RENATA*

*Patricia Miranda*

*Coordinador editorial*

*Jhon Jairo Carvajal Bernal*

*polifonia9@gmail.com*

*Asistencia editorial*

*Gabriel Arturo Castro*

*Aura Francisca Amaya Triana*

*Franklin Molano*

*William Marín Osorio*

*Diseño*

*Carlos Vicente Sánchez*

*ISBN: 978-958-44-7879-5*

*Printed and made in Colombia/Impreso y hecho en Colombia por Klepsidra Editores, Pereira*

# El río de los cazadores

Antología de cuentos

*William Marín Osorio*  
*Carlos Vicente Sánchez*  
*Andrés Galeano*  
*Jhon Agudelo*  
*Diego Alexander Vélez*





## Contenido

Prólogo.....	Pág. 13
<i>Bajo el ritmo hostigante de la noche y soñó en el espejo</i> William Marín Osorio.....	Pág. 19
<i>Fantasma acodado bajo el eclipse. técnica mixta con tropicana</i> William Marín Osorio.....	Pág. 41
<i>La muñeca</i> Carlos Vicente Sánchez Hernández.....	Pág. 49
<i>A destiempo versión gris</i> Andrés Galeano.....	Pág. 57
<i>Disoluto en colores</i> John Agudelo.....	Pág. 69
<i>El encuentro</i> Diego Alexander Vélez.....	Pág. 75
Los Autores.....	Pág. 81



## PRÓLOGO

### EL TALLER DE CUENTO, LA VOZ PROPIA DE LOS NARRADORES

*La presente selección de cuentos es un producto feliz, luego de un camino intelectual y espiritual arduo de fabricación de historias, modos de narrar, comunicación de la experiencia, lecturas y descubrimientos. Es lo que va de sospecha a la certeza, de la potencia al acto creador, un trasegar que puede hablar de paciencia, imaginación, lucidez, sacrificio, observación y testimonio. Descubrimos, por lo tanto y a través de los relatos convocados, la suma de diferencias, visibles y enriquecedoras. Cada cuento asume la comprensión de la divergencia, asumida desde cada obra, lugar a su vez de encontradas regularidades, ritmos contrarios, diversas tendencias, opuestas influencias y disímiles voces reunidas en lenguajes propios, en camino de*

fortalecerse cada día más. Advertimos la manera cómo el taller cualifica las concepciones, visiones y experiencias de sus participantes, respetando su propio impulso, su tacto creativo.

Todos los autores le hacen un homenaje a esa sentencia anónima que dice que “el árbol del sentido duerme en la brevedad de la semilla”, pues se hallan en el tránsito de la condensación, la contención, la síntesis y lo esencial del decir. Y Junto a lo anterior aquella impresión única, de la cual hablaba Poe, es decir, la captación y fijación del acontecimiento sugerente, inédito y estimulante, en el cual se leen ya ciertos atisbos lúcidos. Adviértase que los textos de la Antología poseen una simiente de presión espiritual y formal, un ánimo de concisión, rigor y precisión. Encontramos en su lectura conjunta una serie de atmósferas incisivas y mordientes, sarcasmo, ironía, humor, espíritu crítico, excitación, erotismo e inteligencia. Saben los autores que la literatura es una forma de verdad interior que se hace para transmitir una experiencia, ya sea práctica, intelectual o emocional, a través del círculo mágico de la ficción.

Nada más metafísico que la ficción, y nada, a la vez, más compenetrado con la certeza, con las formas de la verdad y la experiencia. La literatura que permanece, la buena literatura (y hoy hallamos aquí seis apuestas) posee la voluntad de erigir la imaginación como una forma de vida, o en rigor, como una forma de experiencia de los hombres dentro de la historia, afianzándose como eternidad. De tal manera que todos los cuentos de la Antología *El río de los cazadores*, nos hacen viajar hacia zonas

desconocidas, donde la ficción lucha por su capacidad de creación de otros mundos. Son seis fabulaciones que sugieren exploraciones personales y singulares cargadas de futuro. Saben los autores que la literatura supone una extensión ética y estética de la memoria del hombre, su recreación y gesto, la exteriorización escrita de su pensamiento, afectos, experiencias y de sus episodios materiales, morales y espirituales de la vida cotidiana y de la imaginación. Reafirman la íntima necesidad del diálogo y al unísono nos participan de su inteligencia creadora, gracias a su capacidad de verbalizar fantasmas, atmósferas, ambientes, ficciones donde se propone por el asombro, la sorpresa, el absurdo, el juego, la sugerencia y la evocación.

Tales premisas se cumplen a través del ejercicio de los seis cuentos compilados. Iniciemos: *Bajo el signo hostigante de la noche y Sofía en el espejo*; de William Marín Osorio, habla de un encuentro intelectual entre varios personajes, lecturas, pinturas y fotografías, como un complejo, vasto e intrigante entramado de actividades por las que atraviesa el protagonista, siempre en procura del encuentro con Sofía. Y en el fondo Buñuel, Ernesto Cardenal y Lewis Carroll, testigos de la creación de una delirante atmósfera que invita a participar al lector de su aventura, una especie de espejo familiar donde se puede ver reflejado. *Bajo el signo hostigante de la noche y Sofía en el espejo* es una rica suma de instantes, divididos en ocho capítulos que recuerdan al concepto del mito del eterno retorno (los instantes de nuestras vidas se repiten) y la presencia incesante de las imágenes.

Del mismo autor es el texto *Fantasma acodado bajo el eclipse*. Técnica mixta con *Tropicana*, escrito bajo la inspiración de Minerva Eros, una poetisa retratada por Guillermo Cabrera Infante en su novela *Tres triste tigres*, y un telón de fondo cuyo lenguaje es memoria de José Lezama Lima. La descripción de Minerva en el *Tropicana* es de una imaginación ardiente y alucinada, sucesivas cadenas de metáforas, exóticas y cultas:

Ahora te imagino, mientras trato de zafarme de las manos codiciosas de Ermenegildo, te imagino envuelto por el ruidazal de las calles donde se anuncia la vida dicharachera y bullanguera, el carnaval de la vida paralela a esta alegría que nos consume hasta los tuétanos, el carnaval de la ciudad con sus olores de fruta madura – preámbulo al *Tropicana*, a nuestro *Tropicama* de toda la vida-, acechantes en su quietud de semillas que reproducen el lenguaje secreto del amor que buscas con afán en el patio morado, ese pedazo de irrealidad que abortó dolorosamente una inundación que todos recordamos y que se la llevó a ella, como se llevó al loro, patas arriba, el mismísimo día del eclipse.

El cuento *La muñeca* es un sobresaliente juego verbal, lugar donde la ironía cuestiona las evidencias y presupuestos de lo real, descubriendo sus incongruencias e inexactitudes, lo estremecedor y lo desencantado de la existencia. El equívoco lo hace posible: la manipulación de una muñeca por parte de un niño armado con un puñal, desencadena una cadena de supuestos que llevan a la indignación y

luego a la risa, y pone al descubierto inesperados pliegues de la realidad, la sinrazón del mundo, pero dotado de la lucidez y vértigo suficientes.

A destiempo, versión gris, es un cuento que busca el vigor, la expresividad y la fuerza, mediante el diálogo de un hombre con la muerte y su destino desafortunado. Para tal fin, el autor fabrica una intriga y su conflicto fundamental. El autor dispone de una estructura narrativa muy lúcida, secuencias y diálogos que contribuyen a la intensidad de la pieza. Además, construye un universo sólido, auténtico, que escapa por fortuna al relato lineal, pues está allí presente una dramática vida, enigmática y misteriosa a la vez.

El cuento *Disoluto en colores* tiene como uno de sus logros la acertada narración a partir de una imagen poética, un hombre que muere y se disuelve en colores. He aquí una imaginería consciente que se vale de la misma imagen para crear un episodio brevísimo y contundente, elaborado con progresión poética, economía de lenguaje, carácter proteico, elipsis y condensación.

Y el último cuento de la Antología, *El encuentro*, es una descripción erótica de un encuentro narrado en tiempo futuro, propio de la imaginación activa y de anticipación. Nótese cómo en el inicio el autor enrarece el clima a través de figuras sugestivas, metáforas de otra realidad, para luego culminar con un realismo de franca descripción, nada lógico ni razonable. Nos deja un rico intersticio con destino a la interpretación. Su escenario imaginario amplía y desborda las fronteras de nuestro mundo familiar y hace de una escena cotidiana algo sublime.

Ratifica *El río de los cazadores*, antología de nuevos creadores, que el cuento es un género de permanente invención. El intento es dar alcance a la palabra fundamental, motivo de la caza, pero también llegar navegando a horizontes insospechados. Aquí asistimos a la travesía de un puñado de entusiastas hacedores de ficción, un ejemplo de vasos comunicantes entre los escritores y la tradición, que pasa de la sospecha a la certeza; la manera de hacer palpable una caja de herramientas obtenidas en el Taller, la implementación fabricante de nociones y ejercicios, los secretos del artesano y del artista, el poder iluminativo de las lecturas, el compartir diario de las experiencias, la crítica y la autocrítica de los ensayos y los errores, el compromiso de una libertad alerta y responsable, la persistencia, el dominio del oficio, la búsqueda de un lenguaje personal y la fe en sí mismos.

Gabriel Arturo Castro

Poeta, ensayista y antropólogo colombiano. Ganador de los premios nacionales de poesía “Aurelio Arturo” (1990), “Ciro Mendía” (2006), Porfirio Barba Jacob (2009).



BAJO EL SIGNO HOSTIGANTE DE LA  
NOCHE  
Y SOFÍA EN EL ESPEJO

Por William Marín Osorio

*A mi hijo Christian Daniel,  
cuando volábamos cometas en la época del aire.*

Si cada uno de los instantes de nuestra vida se va a repetir infinitas veces, estamos clavados a la eternidad como Jesucristo a la cruz. La imagen es terrible. En el mundo del eterno retorno descansa sobre cada gesto el peso de una insoportable responsabilidad. Ese es el motivo por el cual Nietzsche llamó a la idea del eterno retorno la carga más pesada (*das schwerste Gewicht*).

Milan Kundera,  
*La insoportable levedad del ser*

Me acordé que tenía un rollo de color en la cámara y salí a la veranda con una brazada de cuadros; Sergio que llegaba me ayudó a tenerlos parados en la buena luz y de uno en uno los fui fotografiando con cuidado, centrando de manera que cada cuadro ocupara enteramente el visor. Las casualidades son así: me quedaban tantas tomas como cuadros, ninguno se quedó afuera y cuando vino Ernesto a decirnos que la panga estaba lista le conté lo que había hecho y él se rió, ladrón de cuadros, contrabandista de imágenes. Sí, le dije, me los llevo todos, allá los proyectaré en mi pantalla y serán más grandes y más brillantes que éstos, jódete.

Julio Cortázar,  
*Apocalipsis en Solentiname*

Me enseñó que todos los olores, humores, líquidos, secreciones y pedacitos del cuerpo son fuentes de placer. (...) Olía a muerto, pero mi corazón no escuchó razones, ni mi vientre tampoco. Se iniciaba un cambio muy importante en mi vida; el amor entraba tumbando la puerta y el almizcle a negro invadía mis entrañas.

Ana María Jaramillo,  
*Las Horas*



i

De esa época eran las películas de Buñuel. Coincidimos dos o tres veces en el mismo cine, huyendo de la soledad o del acoso de la ciudad que nos enfermaba con su delirio y su abandono. Allí encontré de nuevo a la modelo que me obsesionó desde aquella noche cuando el pintor nos presentó en el marco de una exposición en su antigua galería del centro de la ciudad, exposición que esperábamos con ansiedad desde hacía varios años, prometida a los amigos del alma en cafés a la medianoche y con la alegría del vino tinto en los ojos.

Su viejo y desordenado estudio vio crecer nuestros sueños y amores contrariados con un vaso de cerveza en la mano y un tema de conversación que nos atrapaba a todos con el talento y el ingenio de su voz.

Pasé la tarde leyendo a Luis Buñuel, una autobiografía descarnada del cineasta español que mostraba la parte más humana del creador de películas extraordinarias como *Los Olvidados*, *Viridiana*, *Él*, *Un perro andaluz*, *Robinson Crusoe*, entre muchas más. Mi amigo, el famoso pintor que fue el puente para acercarme a su modelo preferida y a tantas otras (creo haberlo dicho antes, ella que me recuerda a Sofía de quien sólo me queda un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* que dejó abandonado en nuestro cuarto el día de La toma), me refirió la historia de cómo fue su encuentro con Buñuel y su estética surrealista, así lo dijo, pues me contó que Buñuel había entrado en contacto con Dalí y Bretón en una época de mucha creatividad y deseos de pensar a su tiempo y la tragedia del hombre contemporáneo. Le dije que los artistas cuando ya son famosos sólo piensan en el dinero y la fama y el arte es sólo un apéndice de sus caprichos y veleidades. A lo que refutó el pintor con un aire de enfurecido acento:

- Buñuel fue un visionario de su tiempo, un artista de la crítica del hombre. Sólo hay que ver las reacciones que suscitaron varias de sus películas, por ejemplo mire lo que pasó

con *Los olvidados*. No fue una película acogida favorablemente por los mexicanos. El día del estreno en Ciudad de México, varios de los asistentes insultaron a Buñuel e intentaron agredirlo físicamente, entre ellos las esposas de dos reconocidos artistas, el pintor Diego Rivera y el poeta español Luis Felipe. Quizás la película tuvo mejor suerte en Europa por los comentarios y los contactos de Octavio Paz, un joven poeta que en los años cincuenta empezaba a descollar en el mundo de la diplomacia, quien en calidad de secretario del embajador de México en Francia distribuyó entre los asistentes al Festival de Cannes su ensayo “El poeta Buñuel”, ensayo que valoró positivamente la película en medio de una feroz crítica que pasaba por la mala imagen que se proyectaba de los valores mexicanos, como la madre, un valor supremo e incuestionable en el cine mexicano de los años cincuenta, o los niños que viven en la miseria. No sé, esas cosas. También la crítica, especialmente del lado comunista, quería verla como expresión de la moral burguesa. Probablemente Buñuel para aliviar un poco la carga pesada del malsano ambiente crítico que se había generado alrededor de la película en México, decidió incluir la voz en off de un narrador mientras la cámara hace un recorrido por varias ciudades modernas de los años 50, New York, París, Londres, una voz que deja a las fuerzas progresistas de la sociedad la

solución del problema de la infancia desprotegida. Y quizás por eso también decidió hacer un final alternativo que sólo se conoció en el 2001, cuando por accidente se encontró un rollo adicional de *Los olvidados* en los archivos de la filmoteca de la Universidad Nacional Autónoma de México, un final en donde Pedro le gana terreno a la muerte y vuelve a la Escuela Granja victorioso sobre El jaibo. Pero también está el Festival de Cannes, en donde Buñuel obtuvo el premio Palma de Oro al mejor director; quizás esos aspectos positivos de la crítica sobre la película provocaron que al año siguiente fuera reconocida por la Academia de Artes Cinematográficas Mexicanas y obtuviera varias distinciones y *Los olvidados* ocupara el lugar que se merece, y fuera declarada patrimonio histórico de la humanidad por la Unesco. Estos como ve mi querido amigo son los riesgos del creador -sentenció el pintor con un aire de apasionado conocedor de lo que sucede tras bambalinas en el mundo del arte.

Le comenté que Buñuel en *Mi último suspiro*, su autobiografía novelada, así la llamé yo, señalaba que en su época México era un país muy violento y que todo el mundo andaba armado, hasta los intelectuales, a veces tan arrogantes. En esa ocasión recordaba el día que Vargas Vila fue invitado, en los años 20, por un grupo de hombres de letras mexicanos, quienes en un momento del agasajo le pidieron que jugara con ellos a la ruleta



rusa, a lo que Vargas Vila, el famoso novelista y controvertido escritor colombiano, reaccionó airadamente. También recordaba en sus memorias el caso de un diálogo que sostuvo Alfonso Reyes con Vasconcelos. Quiero transcribir el diálogo como para no perder el aire de ironía y humor que contiene:

“La historia de la “ruleta mexicana” me fue contada por uno de los más grandes escritores mexicanos, Alfonso Reyes, a quien veía con frecuencia en París y en España. Me dijo también que, un día, a principios de los años veinte, fue al despacho de Vasconcelos, a la sazón Secretario de Estado para la Instrucción Pública, y charló con él unos minutos –siempre sobre las costumbres mexicanas– antes de concluir:

-Creo que, menos tú y yo, todo el mundo lleva aquí un revólver.

-Habla por ti –le respondió Vasconcelos, mostrándole un “45” que llevaba oculto bajo la chaqueta.

Me despedí del pintor no sin cierta nostalgia, porque la verdad que es muy difícil encontrar aquí buenos conversadores o que al menos se detengan un momento a dar fe de la existencia del mundo y de nuestra presencia en una ciudad cuyos matices se desdibujan temprano, una ciudad acelerada que no permite esos lujos de la conversación sin prisa.

Le pregunté por ella, fue lo último que atiné

a decirle, pero me respondió que su modelo preferida había decidido emigrar hacia Europa como tantos en esta ciudad que no da tregua, en esta ciudad de tránsito y olvidada a la buena de Dios, ciudad de raptos y misteriosas desapariciones. Porque la historia de la modelo repite hasta el infinito mi historia con Sofía, una historia que se empoza en el alma como charco de culpa en la mirada.

ii

La lluvia sobre el vidrio de la ventana de madera que pintamos hace quince días después del encuentro de nuestros cuerpos y su lucha. Sofía y yo habíamos alquilado este pequeño cuarto como un símbolo de nuestra amistad erótica. Las ocupaciones cotidianas, derivadas de nuestras respectivas profesiones, no nos permitían encontrarnos regularmente para convertirnos en eso que comúnmente se conoce como una pareja, relación formal entre dos personas enamoradas. Recuerdo aquella tarde de un sol rojo que quemaba nuestra piel cuando llegó Sofía a nuestro cuartito azul con sus ojos sonrientes y un libro verde entre sus manos que estaba leyendo por esos días, la página doblada, la cita era del escritor mexicano Juan José Arreola que por aquella época leíamos con fruición: “Cuando un hombre y una mujer se

unen forman un ser monstruoso, la pareja”. Sí, quizás así nos veían por esos días nuestros amigos cómplices, cuando coincidíamos con ellos por ahí, fingiendo no ser más que dos desconocidos que se encontraban en una calle cualquiera.

Desde este ámbito lo recuerdo aún. Era una tarde sin tiempo, fatigada y sublime en cada ritmo, en cada movimiento de las manecillas de un reloj crepuscular, ajeno a nuestras más íntimas pasiones. De este lado de la ventana, observaba los movimientos de la ciudad, su estela rojiza en el horizonte, sus gaviotas y sus ritmos de acróbatas en espirales de humo, un barco fantasma a la deriva y a punto de naufragar.

Pero desde el día del flechazo de Cupido en aquella reunión de pasabocas y vinos y comentarios de libros, nos impusimos una rutina que ha bastado para alimentar nuestras artes amatorias. Somos dos seres muy interesados por el cuerpo y sus placeres. Confieso que llevaba mucho tiempo, realmente mucho tiempo tratando de esquivar eso que la gente llama amor, y no es que considere que lo encontré en Sofía, pero esta mujer fue un polo a tierra que me sostenía en las fronteras de las pasiones prohibidas.

Sofía aún no llega, hace quince días que no la veo, tampoco nos comunicamos por celular, ese fue nuestro pacto, nada de celulares, sólo internet, mucho correo electrónico. El pintor no quiso darme serias respuestas sobre su partida

misteriosa. Aún el taconeo no anuncia su llegada. Esto me pone ansioso, cada vez que su figura esbelta y delgada cruza la calle contigua a la famosa e histórica Casa del florero, mi corazón se quiere salir de mi velludo pecho que ella ha acariciado tanto desde que nos conocimos.

Recuerdo aquella noche en que Octavio, el pintor que exponía ese día en el Palacio de Bellas Artes, nos presentó. Aunque realmente ya Cupido había hecho su parte media hora antes, nos acercamos con timidez frente a un cuadro geométrico, no sé si muy abstracto, un cuadro que nacía de la sensibilidad y la inteligencia de un hombre que habíamos visto crecer con su arte desde el barrio, un bello ser sin muchas pretensiones en la vida más allá de su pintura y al que defendíamos a capa y espada en nuestros comentarios críticos sobre su obra.

Hace quince días le pedí a Sofía que en este encuentro se pusiera una minifalda y aquellas medias negras que tanto resaltan esas bellas piernas que mis labios exploran como un trofeo que se alza y se venera.

Mientras llega Sofía con ese cuerpo que adoro y que he explorado en mil batallas, continúo releendo a Buñuel y visitando el vecindario con su cine ambulante y prodigioso.

iii

La fotógrafa se acercó con su objetivo al grupo de niños que luchaban con las frágiles cometas contra un cielo habitado de nubes de formas cambiantes e iridiscentes.

El viento jugaba con las figuras geométricas y variopintas cuyas volteretas provocaban risas en aquellos seres acostumbrados a los grandes acontecimientos.

El objetivo captó las espléndidas hazañas de estos intrépidos aventureros de la calle que hoy se deslizaban por la Plaza de Bolívar, dejando la huella de su aliento en la mirada de unos transeúntes anónimos que desordenaban con su rápido paso las alborotadas palomas de las cuatro de la tarde.

Bajo las ráfagas de viento, la fotógrafa insistía en capturar para siempre una tarde aburrida en los cuerpos claro-oscuros de los novios entreverados y marchitos bajo el ritmo hostigante de las horas, la caricia de una mano carcomida por el ultraje de los años, la lengua lujuriosa sobre el helado de chocolate.

iv

- Mira las fotos que tomé en la Plaza esta tarde, son hermosas, ¿no te parece?

El hombre toma la cámara y empieza a mover las

imágenes digitales que cruzan frente a sus ojos afectados por el estigmatismo y la miopía.

- Son muy bonitas, aunque éstas te quedaron un poco oscuras y movidas.

- Sí, el flash me jugó una mala pasada. Porque ese cielo tan claro que se ve en algunas fotos de repente cambió a un gris ocre que me obligó a usar las lámparas y en esas el flash se me descargó.

- Sin embargo, hay unas tonalidades aquí en estos verdes y amarillos que me interesan –Gilberto se detuvo, muy de cerca, en esa foto con una iluminación de rojizos al fondo.

- Aunque estaba un poco oscuro, las tomé a eso de las cuatro y media de la tarde, y tú sabes cómo es el clima en esta ciudad.

- ¿Por qué no las ponemos en el video beam para que se vean en detalle? Pero antes en el programa del computador puedes hacer algo con la luminosidad y con esos contornos quebradizos que no están muy bien definidos. ¿No te parece?

-dijo nuevamente Gilberto señalando en las fotos aquellos aspectos que a él le parecía que era necesario mejorar.

- Sí. Aunque desde mi punto de vista no me gusta manipular mucho las imágenes, atrae más mi atención la naturalidad; es decir, cuando la foto queda movida en una especie de barrido que la hace más interesante. A veces esas improvisaciones de la luz y de la sombra le otorgan ciertos matices a los colores, a las formas y a los volúmenes de las

imágenes que las hacen más sugerentes, quizás más conceptuales, si tú quieres.

El hombre duda con un gesto que hace pensar a la fotógrafa que no está muy de acuerdo con su opinión de no manipular la fotografía que captó una situación que fue natural, que se mezcló con otra realidad óptica oculta a sus ojos avizores, escrutadores de la cotidianidad.

v

No puedo creer que Sofía haya olvidado nuestra cita. En el **Messenger** encuentro el último correo y aquel emoticón con un enorme corazón saliendo de un lago oscuro, nuestro juego de amigos virtuales en la idea oculta de nuestra amistad erótica.

¿Qué fantasmas de ayer me quitan la posibilidad del insomnio y de encontrar la felicidad de Sofía entre sus brazos que tanto he querido?

vi

Se acomodaron en el suelo como pudieron en medio de tantos libros y revistas viejas y rotas que ya no querían ordenar, ese era su orden. Tan extraño que ese día la señora que arreglaba la casa no hubiera llamado para avisar que no vendría, muy raro dada su puntualidad.

Gilberto acomodó la pantalla y situó el proyector

al lado de su esposa con quien vivía hacía más de diez años. La sola posibilidad de pasar una noche juntos viendo esas fotos, tomados de la mano, hacía que los poros de su cuerpo se abrieran en un sudor cálido, penetrante, que la fotógrafa sentía al lado suyo como una invitación al sexo.

Las fotos se proyectaron sobre la pantalla; una a una, cada imagen era la expresión de una mirada de encantadora belleza, y de cuando en cuando aparecía el gesto de horror y la desolada tristeza. Realmente el programa de computador pudo mejorar el problema de la luz de algunas de ellas, pero otras insinuaban unos cuerpos borrosos, mutilados por el juego de luz y sombras. Aunque su esposa no estuvo de acuerdo con la manipulación de las imágenes, Gilberto admitió que ese trabajo había sido casi que imposible. Dijo:

- Tan raro que en el computador no haya sido posible mejorar el concepto de las imágenes, especialmente de aquellas que no quedaron bien desde mi punto de vista. Se rebelaron, digámoslo así, a que se les diera un toque más....

- Más poético -intervino ella-; me parece que las fotos tienen dentro de sus particularidades y sus errores técnicos, una poética que las hace llamativas.

La fotógrafa quería seleccionar algunas fotos para una exposición en la Galería Vincent, pero dadas sus condiciones técnicas, tal vez desistiera



de la idea, tal vez no sería buena idea exhibir unas imágenes tan débiles en su composición geométrica, en su arquitectura visual.

Vii

Las ráfagas de viento se confundieron de pronto con las ráfagas de las ametralladoras que cortaron el aire e incendiaron el cielo de la tarde.

La fotógrafa había sentido con fuerza el golpe del aire en su rostro que ahora bloqueaba una bufanda negra que Gilberto le había regalado el día de su cumpleaños.

Las patas de las palomas alborotadas por las detonaciones, arañaron su cara. No entendía el por qué de aquellas reacciones y de aquellos movimientos intempestivos y bruscos.

Los niños veían cómo la cola del barrilete de colores se desprendía súbitamente de las manos que insistían en arrebatarlo al viento.

Al fondo, las detonaciones de los fusiles anunciaban que la noche de los alcatraces había comenzado.

La fotógrafa tomó su equipo que se había desordenado en su afán por capturar el instante del paseante distraído, de la fiesta de los novios en su arrullo de palomas, de los niños cómplices en esta tarde que de pronto se tornó gris y entonces se acomodó su bufanda que la ráfaga del viento sur amenazaba con arrancar, los jeans apretados

y rotos sentían las manos salvajes de ese viento que acariciaba sin prisa su intimidad.

Un tanque de guerra atravesó la plaza. La fotografía tuvo tiempo de hacer la última toma. Le pareció hermoso que aquella pareja de viejos quedara con aquel fondo gris cruzado por el vuelo desordenado de las palomas. Le pidió a los viejos que se tomaran de la mano y que sonrieran, algo difícil en aquellos seres que siempre vimos en los cuadros familiares muy serios, muy adustos y solemnes.

Vimos cómo el tanque derribaba la puerta principal del Palacio que fue invadido por las llamas.

Las madres tomaban a sus niños de las manos y corrían para protegerse de la lluvia.

### Viii

Tengo una foto con el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal aquella vez que fui con mi hijo a una de sus bellas conferencias sobre “El fin de la poesía en tiempos de crisis”, en el marco del Congreso sobre la Utopía de América, La utopía, una de las formas de la resistencia frente a los dilemas sociales en que se ha debatido el mundo, señaló. Esa foto aún no se la he querido mostrar a mis amigos, quienes seguramente pensarán que es otro montaje mío como los muchos montajes que hago para el festival de teatro de mi ciudad. Sí,

eso creerán.

Al salir de su charla nos acercamos a ese hombre diminuto, tan jovial y maravilloso en sus abrazos. No se resistió a la foto que nos tomara mi hijo, mientras conversamos un poco sobre su país y sobre sus proyectos literarios y políticos. Se encontraba con un hombre también entrado en años, la mano derecha del poeta, un hombre de Medellín quien nos dijo que con el poeta regularmente van a Colombia y que aún no conocen mi ciudad, entonces ahí quedó plantada como un dardo sobre el blanco, como dijera Cortázar, la posibilidad de un encuentro en el país de las inundaciones y los riesgos constantes, pero también de la feliz espera.

Cardenal me dijo que en Managua no han cambiado mucho las cosas desde el ascenso al poder de la izquierda que es la misma izquierda de toda América Latina, y allí recordamos el cuento de Julio Cortázar en donde el personaje-Julio se encuentra con el poeta Cardenal como un pretexto para hablar del mundo social de Nicaragua. Le dije que en Colombia las cosas tampoco cambiaban mucho, que pasábamos de un gobierno a otro sin pena ni gloria. Aunque realmente lo que me interesaba de este hombre, en ese momento, era capturar en mi mente para siempre el ritmo galopante de su palabra en ciernes a la metáfora de la esperanza, como una explosión de vítores frente a la resignación del

mundo.

Volvimos al cuento de Cortázar. Me dijo que fue una sorpresa para él cuando un día llegó a su casa una colección de cuentos del maestro argentino que también fue su gran amigo. Y encontrarse él mismo allí, en un cuento de cuyo nombre no estuvo muy de acuerdo, Apocalipsis en Solentiname, fue una maravillosa sorpresa, y más porque sintió en Julio una gran sensibilidad por su tierra, a pesar de que ya no viviera en América Latina, una tierra que aún recorría con su palabra brillante desde París, el centro poético de La Maga, Lucía, la mujer-artista. Me dijo que *Rayuela* era una novela muy complicada, esas fueron sus palabras, que prefería al hombre de letras comprometido en su poesía con la realidad del hombre latinoamericano. No pensé en enfrascarme en discusiones de esta naturaleza y menos con un poeta que ya en los años duros de la vejez había vivido todo: la revolución, la poesía, el encuentro con el Papa Juan Pablo II, quien lo regañó frente a una multitud por sus posiciones políticas en su calidad de religioso.

Buscamos un sitio en medio de un grupo de personas que querían acercarse al poeta para tomarse una foto con él o para intercambiar algún comentario sobre su obra. Encontramos un par de sillas al lado de una ventana que más parecía el vitral de una iglesia con sus formas iridiscentes y majestuosas.

Pedimos dos tintos, pues su amigo se excusó por el problema de su úlcera gástrica.

-Poeta, me gustaría tener su dirección en Managua, para enviarle algunas cosas de interés de mi país, algunas revistas que se están publicando desde la voz de la gente joven, y algunos libros de autores nuestros -le dije mientras los organizadores del Congreso nos llamaban para continuar el programa de conferencias de ese día.

Cardenal, un poco inclinado ya por el peso de los años, me tomó del brazo y muy amablemente me dio su dirección, mientras las formas de la noche atrapaban el silencio de su voz que recorrió los sinuosos senderos de la escritura de Julio, como solía llamarle, con quien deambuló por los infatigables caminos de las islas de Solentiname, y al que aún ve por allí con su cámara retratando a los campesinos y sus sinceras pinturas de bosques y niños alegres, como estampas de un cuadro que surgiera desnudo frente a uno de tantos espejos de Alicia en el país de las maravillas.

Ese ejemplar de Lewis Carroll que leí con Sofía en aquel cuarto alquilado y que ahora es nostalgia, después de tantos años, porque no volví a escuchar el taconeo presuroso de este ángel de luz que se llamaba Sofía y que desapareció el día de La Toma del Palacio, aquella tarde de incendios que debería haber sido destinada más para las cometas y los besos de los novios. Ernesto Cardenal, el poeta,

no supo de mi dolor aquella noche espléndida de su palabra en ese Congreso sobre la Utopía de América. Y quizás no era necesario comentarle que venía del Sur con un dolor tan grande.

FANTASMA ACODADO BAJO EL  
ECLIPSE.  
TÉCNICA MIXTA CON TROPICANA

Por William Marín Osorio





El paño morado de una prolongada tristeza colgaba de los largos patios, de las cámaras abullonadas que formaban el palacio del obispado. (...) Atravesaba el patio, la rapidez con que lo hacía borraba la sensación de deslizarse, lo que recuperaba por el silencio con que ganaba la gran puerta, aumentándola después cuando ya en la calle no entornaba los ojos ante la soberbia de la luz. Seguía su deslizamiento ante la tediosa linealidad de la calle que se insinuaba frente a él, pero no sentía ningún afán de apoderamiento, de justificación.

José Lezama Lima, *El patio morado*.

Del mundo de la cultura viene a engalanar nuestras noches de Tropicana, la bella, elegante y culta poetisa Minerva Eros, recitadora de altos quilates dramáticos y acendrada y fina voz: los versos se hacen rimas de terciopelo en su decir suave y acariciador.

¡MINERVA! ¡Luz! ¡Luz! ¡LUZ!

Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres*



Minerva Eros ejecutó el prodigio solemne ante el coro de mirones imperturbables, mientras el Tropicana o Tropicama como se le decía entonces, se estremecía en el pánico insondable de los aplausos ilustres cada vez que el General de ojos extrañadores, inmensos bajo las espesas y superpobladas cejas soñadoramente imprecisas en su abandono pueril que impuso la moda callejera a lo que el viento se llevó, ¿recuerdan muchachones?, cada vez que el General de ojos extrañadores subrayaba su presencia en medio de la bullaranga descomunal que te aburría de pronto, obligándote a enderezar tu joven esqueleto e iniciar la trivial ejecución de la partida, y entonces Minerva, en su erótica y elástica pose

que desnudaba la total e impredecible energía en el malabarismo de las manos impúdicas del bailongo, desparramada ante la miradera sin cuento de Metodio, no lo pensaba dos veces y me arrastraba en un gesto, violentamente sigiloso en su hermosura, que te dejaba pasmado e inverosímil en tu distancia de dos barrios donde se desintegraba para siempre el amor que te tenía caminando; y yo lo supe en el azar de un día triste bajo el peso descorazonador del chismorreó que llegó hasta mí con su oleaje implacable que casi me desbarata, pero cuyo rumor de voces y de mirones a nuestra intimidad no lograba imponer un dique, un sobresalto al corazón.

Genovevo y Berenice aplaudían el arrebató de Metodio que no dejaba de mostrar airoosamente, como exhibiendo un trofeo, sus dientes borrachos de alegría. Y tú, Miguelito de mi alma, no atinabas a ejecutar el acto insigne que abrumaba tu corazón por esa calle de maromas que se abría y cerraba inmisericordemente, bajo el chisporroteo de las multicolores palabras que se mezclaban en su alegría. Varios giros acrobáticos después, cuando pasé de Berenice a Genovevo y de éste a Cien-fuegos que me mordía picarescamente el lóbulo de mi oreja izquierda sorda a tanto clamor sincero, a la explosión de júbilo cuando Minerva Eros rompía el dique escandalosamente pueril del Tropicana o Tropicama como siempre nos gustaba decir por vacilar, que pedía a coro su canonización

cuando arrojó la diminuta prenda, la última tiritita a la multitud de cuerpos lujuriosos y amatorios a la distancia. Y fue ahí cuando me pude percatar de tu ausencia inevitable. Te presentí camino del patio morado, esquivando las miradas chismosas que abrían las ventanas a la hora en que ya se habían trancado herméticamente, recordando mis palabras de súplica, de terror ante la vejez que se nos venía desgajada y enorme, “si eso lo que nos vamos a llevar, a mí que me quiten lo bailao”, y tu resignación e indiferencia que finalmente cedía. Y ahora te presentía en el oleaje insincero de aquella brisa sin calma que abrumaba tu corazón orientado inevitablemente hacia ese patio extrañado con su paisaje morado, el vestido morado que era la esencia de su encanto y que tú siempre le exigías despiadadamente para cumplir con rigor el ritual erótico. Ella seguramente te esperaba acodada en el alféizar de esa ventana; sus ojos en la aburrición del loro enredado en su aro estrafalario, enredado por las manos estrafalarias de los adolescentes escuálidos ante la mirada avizora del portero; sus ojos en el plumaje aéreo del juego eterno que interrumpías con tu presencia.

Ahora te imagino, mientras trato de zafarme de las manos codiciosas de Ermenegildo, te imagino envuelto por el ruidazal de las calles donde se anuncia la vida dicharachera y bullanguera, el carnaval de la vida paralela a esta alegría que

nos consume hasta los tuétanos, el carnaval de la ciudad con sus olores de fruta madura – preámbulo al Tropicana, a nuestro Tropicama de toda la vida-, acechantes en su quietud de semillas que reproducen el lenguaje secreto del amor que buscas con afán en el patio morado, ese pedazo de irrealidad que abortó dolorosamente una inundación que todos recordamos y que se la llevó a ella, como se llevó al loro, patas arriba, el mismísimo día del eclipse.

LA MUÑECA  
por  
Carlos Vicente Sánchez Hernández





-¡Miren nada más! –se escuchó gritar a una voz escandalosa y aguda en el interior de la casa de un barrio venido a menos. La puerta de aquella vivienda daba la estremecedora sensación de estar masticando algo o a alguien, parecía tener un cierto movimiento leve, propio de esas casas que apenas se están armando con la lentitud del pobre, en medio de una calle a medio terminar, polvorienta, agrietada, rojiza.

-¡Mire cómo dejó todo en desorden! Una matándose todos los días para llegar y ver esto así, como si no valiera toda la mierda que trabajo para ver un poquito, tan sólo un poquito de orden... ¡Contésteme! ¿No entiende? ¡Bruta!, ¡Bruta!, contésteme, ¿para qué me maté, para qué trabajé?

Para verla bien, bien levantada, bien limpia, bien organizada, para que no termine con la vida arruinada, para que salga de este miserable barrio con la cabeza en alto, para que cuando la miren digan: ¡Uy, esa sí es alguien!, hay que tratarla con respeto, no como a mí. Míreme nada más:

¿Inspiro respeto? Conteste: ¿Inspiro respeto? ¡Qué respeto voy a inspirar!, si con sólo mirarme ya se burlan de mí.

Ah, pero no fue así siempre, no señora, fue distinto antes. Yo antes era una muñeca linda, me miraban y ya querían cogermme, daba ganas cogermme, pero no, qué va, me tenía que fijar en él, en ese patán que me embarazó. Después usted vino y vea como me volvió. Cómo se le ocurre dejarme así, como si no le bastara me tiene aquí de rodillas, barriendo y trapeando su mugre, su miseria. ¡Recoja todo!

¿Qué no? Entonces, ¿qué quiere? ¡Que le arranque las manos para que no vuelva a desordenarlo todo? ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué me tocó esta vida? ¡Malditos todos los hombres, malditos sean! ¿Por qué no pude seguir siendo una muñequita linda? Mi mamá me decía que yo era su muñequita linda y vea, soy una muñeca de trapo nada más... ¡Venga, venga que le arranco esos brazos!

- No, por favor, no me arranque los brazos. No...

- ¡Llamen a la policía! -dijo algún vecino alarmado, de los varios que ya se aglomeraban alrededor de la puerta.

-¡Que alguien le ayude, por favor! -suplicaron otros. Ya eran varias las personas que se habían agolpado a la entrada de aquella casa desvencijada y que observaban con pánico el extraño movimiento de la puerta, como si en verdad fuera una boca engullendo el alma condenada de quien la habita. Aunque bien podía tratarse de una falsa percepción, producto del nerviosismo común que despertaba tales gritos.

La voz desde adentro siguió enardeciendo los ánimos de todos.

-¿Qué se siente, ah? ¡Diga qué se siente! Vaya por el brazo y se lo vuelve a poner, si es que puede.

-¡Mire nada más cómo volvió el piso, todo lleno de sangre! Cuántas veces tengo que decirle que no ensucie el piso, vea cómo me quedan las manos, vea cómo me quedan cuando limpio su desastre, y sin plata para una crema barata ni siquiera. Me provoca arrancarle las piernas con este cuchillo.

-¡No, las piernas no! ¡Por favor ayuda, me quiere quitar las piernas! ¡Te odio, te odio, no me quites las piernas!

-Yo era linda y ahora véame, toda barrigona, toda acabada. Por su culpa, por tener que agacharme a limpiarlo todo se me cayeron las tetas, y ya nadie

me mira, ya no soy nada. Voy a arrancarle las piernas... ¡Recoja todo! ¡Recoja todo maldita sea!

- Ya no tengo manos.

- ¡Arrégleselas como pueda!

- No puedo.

- ¡Sí puede! ¡Incompetente! ¡Se las arranco, se las arranco!

- ¡No! ¡Duele, ¡duele!

Los vecinos, exacerbados, y después de un intenso pánico, decidieron al fin tocar la puerta que los mantenía al margen de la tragedia con su extraño movimiento, algunos armados de palos la golpeaban hasta casi tumbarla, otros pedían ayuda a Dios mientras se persignaban; jamás habían visto a la vecina reaccionar así, jamás creían que una mesera tan calmada y querida pudiese tratar a alguien de tal manera.

-¡Qué les pasa, no ven que ahí se les metió el diablo? ¡Tumben la puerta de una vez por todas!

-gritó una vecina indignada.

Dos policías hicieron al fin su arribo montados en una moto.

En ese instante un silencio sobrecogedor se precipitó desde adentro. La puerta se movió de nuevo. Esta vez como un largo bostezo se abrió lentamente.

Todos vieron salir de la casa a un niño al que le brillaban los ojos con cierta intensidad. Tenía él en la mano una muñeca a la cual le faltaba un brazo y las dos piernas, era una muñeca sin vestido, en la otra mano sostenía un cuchillo de mesa. Los miró a todos y todos lo vieron sorprendidos.

-¿Dónde está su mamá? -preguntó uno de los agentes, mientras observaba el interior de la vivienda que parecía estar en un orden que él consideró normal.

El niño señaló silenciosamente a una mujer que se abría paso entre la multitud agolpada frente a la puerta; estaba agitada, venía avisada de la tragedia, aún tenía puesta su bata de trabajo y unas chanclas que arrastraba de afán. Todos vieron a la señora acercarse al pequeño con un evidente terror, para luego abrazarlo. Diversos comentarios salieron a flote en aquel instante, algunos advirtieron entre susurros que aquella vecina no había perdido aún la belleza, otros al contrario, se les antojó fatal, maltratada en verdad, y recordaron en silencio que antes era una de las muchachas más bonitas del barrio, y pese a que aún conservaba un aire de su belleza, ahora, con aquel incidente, era inevitable apreciar los estragos del tiempo en su cuerpo y su alma, contemplarla vencida y sentir lástima.

La mujer alzó entre sus brazos a su hijo, mientras éste observaba con extrañeza al gentío.

-¿Qué? -dijo bruscamente el muchachito a los dos policías y los vecinos que seguían mirando el raro brillo de sus ojos-. ¿Acaso un niño no puede jugar con muñecas?

Cerró bruscamente la puerta, el golpe los sacudió a todos, algunos alcanzaron a observar la expresión de pánico que se dibujaba en el rostro de la madre, más parecido a un gesto de derrota; a otros, desde la distancia, les pareció advertir una mueca de sonrisa en la figura del portón desajustado.

A DESTIEMPO  
VERSIÓN GRIS

Por  
Andrés Galeano





“Sus piernas están cambiando,  
Bajo su piel hay de la misma sangre que tengo yo,  
Y se convertirá en sangre de mujer,  
Una mujer real, con mi carne y mi sangre.”

GASPAR NOE

*Película Carne*



A eso de las tres de la mañana decidió hacerlo. Con el mayor de los cuidados separó de su pecho el brazo derecho de su esposa y lo recostó sutilmente sobre el borde de la almohada, calzó sus pantuflas y huyó.

En plena oscuridad bajó los escalones, como tantas veces lo había hecho, salvo que en esta ocasión, nadie debía enterarse, ni siquiera su conciencia.

Al llegar a su meta, es decir a aquel cuarto, pensó en retornar, regresar a la cama y olvidarlo todo, pero en el fondo lo sabía. Había llegado demasiado

lejos. Nunca antes había llegado tan lejos.

A la cuenta de tres, respiró profundo y entró.

Allí adentro la vio dormir, como tantas veces lo soñó. Esos ojos cerrados y rasgados, esa boca roja y diminuta y esos hombros, fríos y desnudos; inmunes a la avidez de su codicia. De inmediato pensó en Dios: “Si ese señor existe después de todo, debe dormir así”, luego se persignó.

-En el nombre del padre, del hijo... y de ella.

Enseguida se dispuso a observarlo todo. Sabía de la relevancia de las cosas, sabía que las cosas de alguien son también ese alguien, largas prolongaciones de ese alguien, por ello todo lo olfateó, los libros, los CDs, la ropa, los posters, todo, todo era ella. Ella, la rebeldía, la hermosura, la adolescencia y por supuesto la fatalidad.

Sin más prórroga decidió acercarse. Al hacerlo pensó en el diablo: “Si en verdad fue tan bello como dicen, debió oler así”. Sin pensarlo pensó también en su muerte, esa maldita invisible que lo seguía a todas partes y que sin duda también estaba allí, oculta en la penumbra. Sintió vergüenza de solo pensarlo.

Un súbito sentimiento de culpa lo atacó. Esta vez

sería definitivo, regresaría a su cuarto, abrazaría a su esposa y lo olvidaría todo en aquel abrazo, pero al parecer el destino no estaba a su favor; justo cuando se disponía a hacerlo, aquel cuerpo celeste dio media vuelta a la izquierda, dejando uno de sus dulcísimos senos al descubierto.

El pobre hombre sintió que el mundo se le venía encima, con sus leyes, sus normas y escarmientos. Imaginó a la ley derribando su puerta, llevándose esposado como un vulgar criminal. Pensó en sus vecinos, plantados en los portones, y en la prensa al día siguiente, mancillando su nombre, convirtiéndolo en monstruo, escalando exitosamente su rating amarillista. Por último, pensó en su madre, allá en esa finca olvidada. ¿Qué pensaría de todo esto? ¿Qué sentiría? ¿Cuántas lágrimas de más derramaría por su culpa?

Como una maldición empezó a recordarla quince años atrás. La recordó en sus brazos, llevándola a todas partes, presentándola ante sus amigos como el mejor de los trofeos. Deseó volarse los sesos, pensó en su revólver, sintió temor con solo pensarlo. ¡Huir!, ¡Tenía que huir! Lo hizo, abrió la puerta y escapó del peor de los infiernos. Su paraíso.

Esta vez se tropezó con un mueble, el ruido fue mínimo, se alegró de no tener perro, de tenerlo

todo habría acabado o a lo mejor, nada habría comenzado.

Llegar a su cuarto, no era más, solo tenía que llegar y ocultarse tras las cobijas, olvidarlo todo, hacer borrón y cuenta nueva; pero al parecer el destino seguía en contra suya. Al pasar por la sala vio la luz encendida de la cocina.

-¡MI ESPOSA! ¡QUIÉN MÁS PODRÍA SER!- exclamó. Seguro habría despertado y al no encontrarlo habría deducido su paradero.

¿Qué le diría? ¿Qué le respondería a su mujer? ¿Qué podría estar buscando en el cuarto de la niña a las tres y treinta de la mañana?

Estaba perdido y tenía que afrontarlo, sin embargo, no lo hizo, optó por regresar a su cuarto y fingirse dormido; no obstante, y como burla del destino, encontró a su esposa profunda, presa de un sueño insondable.

-¡Y ENTONCES! ¡QUIÉN DEMONIOS ESTÁ EN LA COCINA!

Con cautela abrió el nochero, sacó su revólver y fue a inspeccionarlo.

-¡Alto! – le gritó apuntándole a la cabeza.

La misteriosa mujer se alejó de la alacena, el hombre la detalló con precaución, su aspecto le pareció familiar, ese vestido negro desvanecido por el sol, ese cabello largo hasta la cintura y esos ojos grises... ¿Dónde había visto esos ojos grises?

-Solo buscaba un poco de café. Hace frío en esta casa. -respondió la mujer de un modo natural.

Aún apuntándole.

-¿Quién eres? ¿Cómo entraste?

-Estuve en el cuarto, vi cómo la mirabas. Siempre lo he visto. Siempre he estado ahí.

-¿De qué hablas?

-¿Aún no me reconoces?

-¿Quién demonios eres?

-Enero 4 de 1952, al parecer nací contigo.

-No tuve hermanas.

-Ni yo madre.

Entonces la reconoció y con cierto estoicismo empezó a bajar su revólver, lentamente.

-Eres la muerte.

-Bingo -respondió ésta esbozando una sonrisa.

-¿Por qué puedo verte? No estoy muerto.

-Solo haz lo que tienes que hacer.

-¿A qué te refieres?

-Sabes muy bien a qué me refiero.

-Pero ella es...

-Otro ser humano, la culpa no es tuya, es de ellos por haberlos arrojado a destiempo, pasa a diario, se equivocan con facilidad.

-¡No soy un monstruo!

-Claro que sí, todos lo somos cuando podemos. ¿Puedo?

El hombre indicó un sí con el movimiento de su cabeza; su muerte y fiel compañera se sirvió un poco de café y empezó a beberlo en pequeños sorbos, a lo mejor para no quemarse.

-¿Y si Dios existe después de todo? – preguntó a su muerte aterrorizado.

-Te preguntará qué hiciste en vida y a lo mejor lo aburrirás, por eso hazlo, hazte caso aunque sea una sola vez, aunque sea la última.

De un solo impulso salió de la cocina, entreabrió la puerta de su cuarto y desde allí contempló a su mujer por última vez. La vio dormir, como siempre lo hacía, sus rodillas arqueadas en posición fetal y sus manos extendidas de lado a lado. Se sintió orgulloso, era definitivamente una gran mujer. La recordó de joven, fascinante y radiante, llena de ganas por recorrer el mundo; se sintió culpable, por unos instantes la vio presa en



su cama. Ella, su razón, su inquebrantable bastón lógico. El más grande tesoro que nunca mereció.

Al descender los escalones nuevamente pensó en su vida, en lo que había hecho con ésta en esos cincuenta y ocho años de existencia. Sin duda, había edificado toda una vida, pero ahora esa vida no bastaba y en el fondo lo sabía. Había llegado demasiado lejos. Nunca antes había llegado a tal punto.

Con el revólver en mano volvió al cuarto de la niña. Pronto amanecería, no había tiempo que perder. Lentamente empezó a desvestirse, como tantas veces lo anheló. Primero su pijama pantalón, luego su saco y por último su ropa interior.

Completamente desnudo empezó a deslizarse hacia ella, más cerca, cada vez más cerca. La luna destellaba gran parte de su cuerpo, del resto se encargaba la noche. Sin asombrarse vio a su muerte recostada en un rincón, acariciando su sexo a media luz.

Con sigilo, aquel hombre siguió yendo hacia su presa, como quien va al mejor de los sueños. La joven aún dormía, tal vez soñaba con ese chico de la escuela, tal vez soñaba con que estaba allí, de pie junto a la ventana, custodiando sus sueños

rosa.

Sin pensarlo dos veces, el padre cerró los ojos, apuntó a su corazón y disparó. El primer grito de la niña arrancó a la madre de su sueño profundo.

# DISOLUTO EN COLORES

Por  
John Agudelo



Un hombre joven cruzó la calle que desembocaba en un puente desolado y húmedo para ver al fondo. Tiró su cigarrillo a medio fumar. Apoyó los brazos sobre la baranda y miró en el vacío el vaho que se desprendía de los árboles. Caerse. Pensó. Impulsarse un poco y ya estaba. Tenía la mirada perdida. Sus manos querían arrancar la baranda.

Tres y quince. Ha pasado la hora del almuerzo. La colilla de cigarro que el joven había tirado en el suelo se apaga con unas gotas de lluvia que caen del techo de este mundo, espantoso techo Truman pintado, lleno de nubes rojas que vomitan el ácido con el que las alimentamos. Humo, ese abismo entre estar y desaparecer.

Un viejo viene caminando lentamente, trae en sus manos un bastón como un hombre antiguo

con su lanza, a diferencia de que éste lleva varios trajes encima y unos Nike rotos, sacados de un basurero. Observa al Joven desde lejos. Se acerca. -Es el infinito, muchacho; inacabable pero se puede ver de blanco, con todos los colores, terminando en o, en comida para gusanos. ¿Tiene algo de comer?

-No.

-Es el infinito, muchacho. Comida para gusanos como yo. Me viste, te vi.

Sigue el viejo golpeando el asfalto con su lanza; mira hacia atrás con su pensamiento. El infinito, muchacho, ya lo conocerás. Y el muchacho ya había hundido su mirada dentro del vapor, al fondo del blanco.

Encontrar un rincón cualquiera para no mojarse más, tararear una canción mientras se enciende medio cigarrillo dejado de fumar hace rato. El viejo, el viejo tiene apenas unos años y el tiempo se lo ha tragado pedazo por pedazo confrontando en su cabeza sus propios pensamientos, todos los momentos. Cuántos giros, estos giros.

-¿Tiene algo de comer? -y una persona responde dejando caer, de su mano, monedas, nada para darle al estómago de inmediato. Sólo esperar que acabe la lluvia para comprar comida y algunas pinturas.

Las monedas se vuelven un tarro de pintura negra, pan y leche que los devora lentamente y otro poco que se guarda dentro de los bolsillos de

uno de sus trajes.

Camino de avenida con autos veloces y cables que describen rutas de aire, volver la lanza pincel para, en una pared, dibujar una variopinta frase:

UN HOMBRE VI MORIR DISUELTO EN  
COLORES.





# EL ENCUENTRO

Por  
Diego Alexander Vélez



No lo evadió, siguió caminando y a cada paso sentía la cercana presencia de aquel desconocido. Al cruzar frente a él aceleró su caminar. Decidió tomar hacia la costa, escuchó entonces las pisadas del hombre que ahora caminaba tras ella. El mar regaba sobre sus cuerpos el salado sabor de sus aguas, el aire se llenó de murmullos que al instante fueron desplazados por el profundo gemido del mar. De repente ya no escuchaba los pasos del hombre, la arena ahogaba el sonido de la suela sobre su superficie, de forma casi inconsciente miró hacia atrás, le vio retirar la mirada y dirigirla hacia la brillante arena. Se detuvo antes de que le alcanzara el mar para mirar la llana inmensidad del agua. Cerca varios niños jugaban, estrellas amarillas se dibujaban en el agua transparente que moría en la arena.

Ahora su sombra se proyectaba hacia el mar, perdiéndose en el azulado movimiento de las olas. Otra sombra alcanzó a la suya confundiendo por momentos su silueta

-¿Tendrá fin? -el silencio de la mujer lo llenó de bochorno.

-¿La he visto antes? - agregó tratando de acercarse.

-Posiblemente, yo en cambio a usted no lo he visto nunca- respondió ella fijando por primera vez su mirada en el rostro del hombre.

-Es porque no llevo mucho tiempo acá, llegué hace algunos días, vengo de Caldas, me trasladaron.

-Igual no lo hubiera visto -interrumpió ella- ustedes son todos iguales, un hombre de verde con un fusil al hombro.

-Mucho gusto, me llamo Alex -dijo él ofreciendo su mano.

-Gloria -agregó ella sin responder al gesto de Alex que retiró la mano y miró de nuevo el mar.

Esta noche bailarán y beberán licor hasta la madrugada. Alex hará alarde de sus inclinaciones hacia la literatura y de su experiencia como militar.

Ella lo escuchará como escuchando a un niño que le habla a su madre de mundos imaginarios. El ron le dará libertad a las palabras de Gloria y a su cuerpo, hablará de los días en Cartagena, de su trabajo como fotógrafa, de las horas en el cuarto oscuro y de lo mucho que le gusta estar a solas.

La noche estará detenida en el aire sin viento de la ciudad, las luces artificiales mudarán el color

de sus pieles camino a casa.

Cambiarán de rumbo tras una corta insinuación:

-¿De verdad quieres llegar a tu casa?

Tendrán problemas al entrar al hotel, saldrán y caminarán hasta una vergonzosa residencia.

Gloria firmará el registro y tomará la delantera llevando a Alex de la mano; el reflejo de ambos los saludará desde la pared frontal del cuarto. Él sentirá pudor y bajará la mirada. Gloria se detendrá en su reflejo.

-¿Qué piensas?

-Eres bella.

-No lo olvides.

Alex tomará a Gloria y la estrechará contra su pecho. Ella pondrá una mano de por medio, se alejará dejando la bolsa sobre una mesa al lado derecho de la cama, se recostará sobre la sábana blanca y dejará caer los zapatos al suelo. -Ven -dirá en voz baja. Él se inclinará y desatará sus botas con las manos nerviosas. Una vez más ella se mirará al espejo y verá reflejada la espalda ancha de Alex sobre el borde de la cama. Bajará una a una las tiras del vestido blanco, se pondrá de pie y admirará su figura desnuda, frotará sus senos con la yema de los dedos, tocará en el espejo su sexo húmedo y sonreirá al ver en sus ojos el placer. Él la tomará por la espalda desnuda y apretará su cuerpo contra el suyo, olerá sus cabellos y la girará bruscamente para besarla. Se tumbarán sobre la cama, observarán

sus rostros iluminados por la luz amarilla, besarán sus cuerpos y descubrirán en su piel el sabor salado del mar. Sus manos sudarán al pasar por las nerviosas siluetas. Ahogados gemidos llenarán la habitación. Un mudo suspiro saldrá de la boca de ella al sentirse penetrada. Él apoyará las manos sobre la cama y moverá lentamente la cadera, ella se aferrará a la espalda de Alex arañando su piel, largos gemidos saldrán de su boca que estará húmeda por el sudor, buscará los labios de él que estarán también húmedos y abiertos. Girarán y ella se montará sobre él, moviéndose lenta, acompasadamente. Tras un afectado murmullo levantará la mirada cerrando los ojos con violencia. Él tocará sus senos y se levantará para besarlos, el sudor brotará de las espaldas al acelerar el ritmo de los movimientos. Temblarán. Un largo silencio. Caerán uno sobre el otro. Callarán y aspirarán el olor de sus cuerpos. Afuera, la noche seguirá detenida en el aire sin viento de la ciudad, dos borrachos cruzarán en frente del lugar, sólo sus pasos se escucharán en la calle desierta, el eco de las voces se perderá en la esquina. Tal vez así sea.

# NOTAS SOBRE LOS AUTORES

## William Marín Osorio

Pereira, Colombia. Magíster en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo, Formación Especializada en Historia y Cultura de América Latina de la Universidad Pablo de Olavide, Sevilla (España), y el Colegio de América, y profesor asociado de la Universidad Tecnológica de Pereira.

Fue director de la Revista Pereira Cultural (2002,2003). Coordina el Área de Literatura del Programa ONDAS de Colciencias. Es tutor de la Licenciatura en Pedagogía Infantil del Instituto de Educación a Distancia (IDEAD Pereira) de la Universidad del Tolima. Autor de *La rosa de los vientos* (2005), obra finalista en el Segundo Concurso Nacional de Poesía Casa de Poesía Porfirio Barba Jacob. Libro de cuentos *Una cita en la ciudad al final de la tarde*.



## Carlos Vicente Sánchez H.

Escritor, dramaturgo y Narrador Oral  
Licenciado en Artes Escénicas Universidad de  
Antioquia.

Premio Departamental de Narración Oral 1999  
Ganador Premio Nacional de cuento RCN y  
Ministerio de Educación 2010

Ganador Premio Nacional de Novela Aniversario  
Ciudad de Pereira 2010. con la obra *Las Cinco  
Noches del Olvido*

Dirige La Compañía Creativa Trazasueños  
Conduce el programa de radio Los Cuentos del  
Fantasma de los Libros desde el 2004  
Publicó el libro de cuentos *La Caída de las  
Cucarachas*

## Andrés Galeano Rodríguez

Pereira, 1979. Escritor de poesía, cuentos y guiones cinematográficos. Licenciado en Filosofía de la Universidad Tecnológica de Pereira. Docente en Narración Oral de la Universidad de Caldas. Guionista del cortometraje RESURRECCIÓN. Proyecto Ganador de la V convocatoria del Fondo para el Desarrollo Cinematográfico. Ministerio de Cultura. Co-fundador de la Asociación Cinematográfica CELULA FILMS y Premio de Poesía Colección de Escritores Pereiranos 2010. Actualmente prepara la publicación de su libro de cuentos *LA FATALIDAD DE LOS DÍAS. CUENTOS NO APTOS PARA CUERDOS*.

## Diego Alexander Vélez

Escritor caucano (Popayán) radicado en Pereira desde algunos años. Se desempeña como editor de la Revista Literaria Polifonía, de la cual es miembro fundador. Actualmente se encuentra preparando un trabajo ensayístico sobre la obra del escritor Español Jesús Ferrero. Es aspirante a la Licenciatura en Español y Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira.

*John Agudelo*

*nació el 20 de noviembre de 1987*

*Licenciado en Comunicación e Informática Educativas de  
la UTP*

*Realizador audiovisual*

Taller de escritura creativa  
La Caza de las Palabras

John Agudelo,  
Aura Francisca Amaya Triana,  
Andrés Galeano,  
William Marín Osorio,  
Franklin Molano,  
Astrid Damaris Ortiz Mazo,  
Carlos Vicente Sánchez Hernández,  
Diego Alexander Vélez,  
Alan González Salazar

Director taller  
Jhon Jairo carvajal Bernal



Taller de Creación Literaria  
LA CAZA DE LAS PALABRAS  
RENATA



